

Vigésimo Quinto Domingo del Tiempo ordinario B/2018

Las lecturas de este domingo hablan de la realidad de mal. Muestran que el mal existe en el mundo así como en la gente. Nos advierten contra el mecanismo que conduce al mal y nos invitan a vivir según la ley de Dios.

La primera lectura describe la mente y el comportamiento de un hombre malo. Muestra que en vez de vivir en paz con los otros, el prepara continuamente los malos proyectos para destruir al justo, poniendo las trampas en su camino. Muestra también como sus intenciones son siempre malévolas hacia el justo.

Lo que este texto nos enseña es que la mente de un hombre malo es llena de travesura y malicia. Otra idea es que el justo hombre es continuamente un objeto de envidia y celos. La última idea está relacionada con la certeza de que el hombre malo, en su tacañería, se place al desafiar al justo.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús invita a sus discípulos a la humildad y al servicio. En primer lugar, el Evangelio describe el viaje de Jesús a Galilea y el secreto que quiso sobre ello. Habla también del anuncio de Jesús sobre su pasión, muerte y resurrección. Habla igualmente del malentendido de los discípulos sobre el discurso de Jesús.

Pues, el Evangelio habla de la llegada de Jesús en Cafarnaúm y su pregunta hacia los discípulos sobre su discusión cuando estaban caminando. Hace un informe en la invitación de Jesús a sus discípulos porque sean humildes y al servicio del uno al otro. El Evangelio termina con Jesús que pone a un niño en medio de sus discípulos y su prescripción que lo imitan.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Hoy quiero hablar del sufriendo Mesías. Déjeme explicarle. Hasta ahora Jesús ha disfrutado la calma relativa y éxito en su enseñanza y ministerio. De repente, comienza a hablar de su pasión, muerte y resurrección. Era un poquito espantoso para los discípulos, así también para los judíos que lo oyeron, porque tenían concepciones divergentes sobre el Mesías.

En la tradición judía, en efecto, había dos concepciones fuertes sobre el Mesías. La fundación de la primera concepción era la promesa de Dios para proteger y restaurar la Dinastía de David. Se creyó que el Mesías vendrá restaurar Israel en su derecho con un reinado fuerte contra su enemigo. Incluso en el momento de los profetas, había siempre una convicción que Dios no faltará de realizar su promesa de levantar a un rey que conducirá el país como David hizo. En esa perspectiva, el ideal era sobre todo nacional.

La segunda concepción fue relacionada con la visión apocalíptica y del fin del mundo. En esta concepción, el Mesías vendría cuando el día del Señor será realizado. El Mesías procederá a la restauración de Israel y la resurrección de los muertos. No se creyó que Mesías vendrá como un príncipe humano, sino como un desdiente de Dios a fin de juzgar el mundo. Pero, en ninguna de ambas concepciones estaba una pregunta del sufriendo Mesías. Al contrario, el Mesías tuvo que triunfar sobre todos sus enemigos y reinar para siempre.

En tal contexto, cuando Jesús hablo de su sufrimiento y muerte, era difícil para los discípulos aceptarlo. Fue algo extraño e inesperado. En verdad, la concepción de Jesús

sobre el Mesías realiza y supera todas las esperanzas mesiánicas de Israel y toda la visión de los profetas. En la concepción de Jesús, el Mesías era un servidor de la parte de Dios, pero quien sufre y muere. Fue Rey como David, pero también el juez del mundo y su salvador.

Él nació a fin de dar su vida en la cruz para la salvación del mundo. En este sentido, la cruz está en su vida como un camino necesario por el cual tiene que andar. Por eso, entendemos que no hay resurrección sin la cruz. Como era para Jesús, entonces es para nosotros hoy. A fin de compartir en la resurrección de Jesús, tenemos que aceptar la cruz.

Al aceptar de pasar por la pasión, muerte y resurrección, Jesús nos da un ejemplo de humildad e obediencia al Padre. En este sentido, muestra que los criterios del reino de Dios son diferentes a los del mundo. Del mismo modo, la grandeza verdadera no está en la búsqueda del honor y prestigio, sino en servir humildemente a nuestros semejantes. Esta es la razón por qué Jesús pone a un niño en medio de los discípulos a fin de instruirlos.

Y aún, sabemos lo que un niño representa: la pureza del corazón, la carencia de ambición y la dependencia en los que lo aseguran. Por eso, Jesús dice, “si alguno quiere servir el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos”.

En este sentido, se hace claro que al proponer a un niño como un modelo, Jesús no mata las ambiciones humanas; sino nos enseña que en vez de la ambición de gobernar, sería bien de servir a los demás; en vez de que la gente hace cosas para nosotros, debemos hacerlo para ellos. Esto es nuestro deber y nuestra dignidad como sus discípulos.

Recemos, entonces, que el señor nos instruye para servir a uno al otro con humildad. Que Dios nos ayude a tener que una sola ambición, la de servir a nuestros semejantes para la gloria de Dios y su bienestar. ¡Que el Espíritu Santo nos aclare porque evitemos el mal y persigamos el bien! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Sabiduría 2: 12, 17-20; Santiago 3: 16-4: 3; Marcos 9: 30-37



Fecha de la Homilía: el 23 de Septiembre 2018
© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20180923homilia